

MEDITACION XCII.

HUMILDAD DE CORAZON.

PUNTO 1.

Considerar, que la verdadera humildad, tan esencial á los cristianos, y que sirve de cimiento á todas las virtudes, es la humildad del corazón. Por eso Jesucristo no solamente dice, que séamos humildes como quiera; sino que con toda claridad añade: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.*

Ponderar, que no debe confundirse la humillacion y el abatimiento, con la humildad verdadera: muchos se ven abatidos, y no son humildes. Esta virtud, para ser tal, debe estar en el fondo del corazón, que conociendo su miseria, su pobreza, sus defectos y su nada, se juzga digno de todo desprecio, y no estraña que se le tenga en poco y se le vilipendie.

Saca de aquí, tener siempre ante tus ojos lo que eres, especialmente por los muchos y graves pecados que has cometido; pues

con esto fácilmente conocerás, que nada tienes de que envanecerte, y sí muchos y muy poderosos motivos para ser humilde.

PUNTO 2.

Considerar, que aunque las acciones exteriores no sean la misma humildad, sin embargo, nos la dan á conocer, nos la facilitan, y son como los primeros pasos que damos para poseer esta virtud. El que se ve abatido y calla, sufre, se modera, baja los ojos, y hace otras cosas semejantes, sube algunos grados, y ciertamente no está muy lejos de ser humilde de corazón.

Pondera, que no debemos parar en conocer que somos dignos del desprecio; sino que en vista de nuestra miseria, hemos de aspirar á otro grado mayor de humildad, cual es alegrarnos de que nos abatan y humillen; estando, como lo han practicado los santos, mas gustosos y contentos, mientras mas despreciados.

Sacarás de esto, el confundirte de tu orgullo: porque si los santos adornados de méritos y virtudes, se juzgaban indignos de

honra y aprecio, y por esto buscaban y amaban para sí lo mas vil y bajo, ¿cómo deberá portarse, quien no encuentra en la historia de su vida mas que crímenes y delitos? Pide, pues, con todas veras á Jesucristo que te enseñe á ser, como él, manso y humilde de corazón.

MEDITACION XCIII.

CEGUEDAD Y DUREZA INTERIOR.

PUNTO 1.

Considera, que así la ceguedad interior, que consiste en cerrar el alma voluntariamente sus ojos á las luces que Dios le comunica; cómo la dureza, que es una insensibilidad á los tocamientos de la gracia, son una triste y funestísima consecuencia de la repetición de nuestros pecados, y de las continuas recaídas en nuestras culpas.

Ponderar, que esta ceguedad y dureza, es un mal el mas terrible, y mal al mismo tiempo casi incurable. Terrible; porque es un

castigo, y quizá el mayor que nos viene, como efecto de la justa y santísima indignación de Dios. Incurable; porque ni hay ojos para ver el mal, ni voluntad para aplicar el remedio. ¿Cuál será el resultado? Seguir adelante el mal, agravarse y morir indefectiblemente el alma en su pecado.

Saca de lo dicho, un sumo horror á este estado: tiembla á solo imaginarlo: haz los mayores esfuerzos para no caer en él, evitando por tanto las voluntarias reincidencias en la culpa, y no dilatando tu penitencia, si haz tenido la miseria de volver al vómito. Gime, ruega y suplica ahora, que todavía es tiempo, que te castigue el Señor como quiera; pero que no te olvide ni te abandone.

PUNTO 2.

Considera, que sin embargo de ser tan horrorosa y formidable esta enfermedad, es muy fácil caer en ella; porque todos los objetos que nos rodean y todos los placeres del mundo, concurren á engañarnos, y contribuyen á nuestra fatal ceguedad y por

esto se dice en el libro de la Sabiduría: que las vagatelas mundanas impiden que veamos el bien.

Ponderar, que á la ceguedad interior, acompaña regularmente la temeridad y la imprudencia. El que carece de la vista corporal, se contiene, busca un diestro que le guíe, y no se atreve á dar por sí solo un paso; pero el que está ciego en el alma, es mas atrevido mientras menos ve: nada teme, y no solicita quien le dirija; y por eso sin cesar tropieza, sin cesar cae, y su fin será un precipicio irreparable.

De aquí puedes sacar el tener miedo de tu misma confianza y seguridad, pues pueden ser infundadas y vanas. Pide por tanto, y con el mayor empeño el santo temor de Dios; pues el que teme es cauto, es vigilante, y así se liberta de caer.

MEDITACION XCIV.

VALOR Y PRECIO DE LA MISERICORDIA.

PUNTO 1.

Considerar, que nada es mas estimable á los ojos de Dios que la misericordia. Sean cuales fueren nuestros dones, si no van acompañados de esta virtud, no le son agradables: *No quiero sacrificios sino misericordia*; nos advierte por boca de S. Mateo; y por S. Lucas igualmente nos dice: *Sed misericordiosos, como lo es vuestro Padre que está en los cielos.*

Ponderar, cual será el valor y precio de esta virtud, cuando puede decirse, que ella es como el fundamento de las mayores obras de Dios. La Encarnacion del Verbo Divino es la obra mas excelente, y tan grande, que por antonomasia se llama la obra del Altísimo; pues reflexiona, que si Dios toma nuestra naturaleza, si tiene un nacimiento humilde, si conserva una vida obscura, en una palabra, si vive, si padece y si muere, todo esto es efecto de que se ha com-

padecido de nosotros, y nos ha visto con misericordia.

Sacarás de aquí, el imitar cuanto te sea posible á tu Redentor, compadeciéndote de la pobreza y trabajos de tus hermanos. ¡Cómo puedo estar yo sano, decía S. Pablo, estando otros enfermos! Espresiones con que te enseña, que deben lastimarnos las miserias ajenas, y que hemos de mirarlas como propias.

PUNTO 2.

Considerar, que estando escritas en el libro de Dios nuestras acciones, y teniéndose todas presentes, para calificar el valor que las corresponde; parece que de solas las obras de misericordia se hace mencion en el último juicio, para coronar y recompensar á los justos.

Ponderar, que la dignidad y nobleza de esta virtud es tal, que no se mide por los bienes que ha hecho á los hombres; sino que se pesa en las balanzas de Dios, y se estima su precio como si estos bienes hubieran sido practicados en favor de su Ma-

gestad. Tuve sed, dice Jesucristo, y me disteis de beber: estuve desnudo, y me vestisteis: estuve enfermo, encarcelado y necesitado de socorro, y me visitasteis y consolasteis: y él mismo y no el hombre se constituye obligado al agradecimiento y á la recompensa.

Sacarás por fruto de esto, el aficionarte á tan excelentísima virtud, redimiendo con ella tus pecados; pues por gran pecador que seas, los egercicios de misericordia podrán alcanzarte los auxilios y socorros que necesitas para tu conversion, estando de por medio la consoladora promesa de Jesucristo, de que los misericordiosos alcanzarán misericordia.

MEDITACION XCV.

APRECIO DE NUESTRA ALMA.

PUNTO 1.

Considera, que las cosas son tanto mas estimables, quanto mayores ventajas y utilidades nos producen. Pon, pues, los ojos en

tu alma, y verás los inefables bienes que te proporciona; pues por ella puedes conocer á Dios, puedes amarle y servirle en esta vida, y puedes poseerle tambien en la otra.

Ponderar, que nadie conoce mejor el mérito y valor de una imágen, que el autor que la formó; y pues tu alma es obra de las liberales manos de Dios, de su Magestad aprenderás lo que tu alma vale; porque verás que la crió con el mayor esmero á su semejanza: la conserva, la ilustra y dirige con todo cuidado: y no ha tenido reparo en morir por ella, y dar por bien empleada toda su pasion, cuán dolorosa y amarga ha sido, porque ella viva y se salve.

Saca de aquí, el no corromper alhaja que tanto mérito tiene. Es mas de Dios que tuya, y así no debes enagenarla; sino cuidarla como un depósito sagrado, que ha de volver á Dios tan puro y perfecto como salió de sus manos.

PUNTO 2.

Considera la importancia y sublimidad de tu alma, y el alto concepto en que Dios la tiene, supuesto que desde el primer momento en que ella entra en el cuerpo, desciende del cielo un ángel, destinado por el Altísimo para custodiarla, protegerla en los peligros, y guiarla por los caminos de la santidad.

Ponderar, que por el beneficio de la redencion, la alma es adoptada por el Padre, es Esposa del Hijo, y es templo del Espíritu Santo. Como adoptada, es ya heredera de las riquezas del cielo: como Esposa, no puede entregarse á otro amor, ni acomodarse con otro dueño: y como templo vivo, solamente debes pensar en adornarla y enriquecerla con virtudes, á fin de que sea digna morada de tan excelso huesped.

Sea fruto de esta consideracion, el admirar tu dignidad y grandeza, no para llenarte de orgullo ni envanecerte; sino para reconocer humilde la mano liberal y bien-

hechora que te dió un ser tan alto, y servirle con un tierno agradecimiento, procurando no desmentir jamás esta nobleza y dignidad de tu ser.

MEDITACION XCVI.

AMOR A DIOS.

PUNTO 1.

Considera, que no hay cosa mas justa, dice S. Bernardo, que amar á Dios, ni mas ventajosa para nosotros. Es justo amar á Dios; porque lo merece, siendo infinitamente perfecto: y es util este amor para nosotros; porque solo en él encuentra sosiego y reposo nuestra voluntad.

Ponderar, que Dios es fuente inagotable de todo bien, y un piélago infinito de perfecciones. Deja correr libremente tu entendimiento, busca cuantas quieras, y todas las hallarás en Dios, poder, belleza, sabiduría, santidad; y todo sin mezcla del menor defecto. ¡O qué Dios tan grande y tan her-

moso! Si lo bueno debe amarse, ¿cómo es posible no amar á Dios? Y si á Dios no se ama, ¿qué es lo que ama nuestro corazón?

Saca de aquí por fruto, egercitarte en actos de amor divino. Sea en las calles, en las plazas, ó en tus mismas ocupaciones, siempre puedes, cuando menos, levantar tus ojos al cielo, y enviar hasta allá una espresion tierna de tu espiritu, con que le digas á Dios, que le amas sobre todas las cosas; porque él es tu fortaleza, tu sumo bien, y tu verdadera felicidad.

PUNTO 2.

Considera, que todo el que ama, merece ser correspondido; y mucho mas si ama al que es indigno de ese amor. Pues esto es lo que Dios ha egecutado contigo: te amó antes que tú le amaras; y te amó previendo desde la eternidad tu mala correspondencia.

Ponderar, que si Dios es sumamente amable; porque es en sí sumamente bueno, es igualmente digno de todo amor; porque es

bueno para nosotros. Da siquiera una mirada á lo que ha hecho contigo en el órden de la naturaleza, y hallarás que todas las cosas del universo las tiene destinadas á tu utilidad. Con unas te viste, con otras te alimenta; con éstas te cura, y con aquellas te recrea. Pasa despues al órden de la gracia, y confúndete al ver la caridad inmensa con que por tí llevó una vida pobre y obscura, una pasion durísima, y una cruel é infame muerte. Si esto te parece poco, sube con él al cielo, y verás que allí te está preparando el lugar; y que continuamente está ofreciendo el precio de su sangre por tu salvacion. ¿Qué dices, necesitas mas motivos para amar á un Dios tan amoroso?

Saca de aquí lo primero, pedir al Señor perdon de tu ingrátitud, de tu dureza y de tu insensibilidad; pues á vista de tanto fuego permaneces tan frio: y lo segundo, pídele, por esa misma sangre, que mude tu corazon de piedra en corazon de un hijo sensible y agradecido; y que con el fuego de su amor consuma la escoria de tus vicios.

MEDITACION XCVII.

OBLIGACIONES DEL BAUTISMO.

PUNTO 1.

Considera, que el bautismo es un nacimiento espiritual; ó, como lo llama la santa Escritura, una regeneracion, pues en sus aguas somos de nuevo engendrados para la vida de la gracia, y recibimos un ser incomparablemente mas importante y noble que el que nos dió la naturaleza.

Ponderar, que así como por el ser que recibimos de nuestros padres naturales debemos serles muy agradecidos, muy obedientes, y muy semejantes; por el ser divino que Dios nos comunica en esas saludables aguas estamos obligados á manifestar nuestra obediencia, cumpliendo puntualmente sus mandamientos; á reconocer y confesar nuestra gratitud por este beneficio que nos hizo, sin mérito de nuestra parte; y serle muy semejantes, obrando siempre bien, como deben hacerlo los hijos de tal Padre.

Saca de aquí, el vivir penetrado de ale-

gría, satisfacción y consuelo, por la grande riqueza que adquieres en este sacramento. Por él estás alistado en la milicia de Jesucristo. El es ya tu Capitan, tu Maestro y tu Padre. Reflexiona si entre los mas nobles del mundo habrá mayor dignidad que la tuya.

PUNTO 2.

Considera, que en el hecho de recibir una nueva vida, muere la antigua que teníamos. Por eso dijo S. Pablo: que en esas aguas somos sepultados, y representamos la muerte de Jesucristo; dándonos á entender, que allí acaba el hombre antiguo, y comienza el hombre nuevo: entramos leprosos como Naman en el Jordán, y salimos mas blancos que la nieve.

Ponderar lo primero, que tres cosas hace el alma en el cuerpo: Lo hace vivir, moverse y sentir: y estos tres efectos, dice santo Tomás, produce tambien, y de un modo mas excelente, el bautismo: nos hace vivir con la vida de la caridad: nos hace mover, dirigiendonos hácia Dios: y nos hace

sentir, esto es, tomar gusto y sabor á las cosas divinas; porque ya no somos hombres animales, sino hombres espirituales, capaces de percibir, como dice S. Pablo, las cosas de Dios.

Ponderar lo segundo, que cuanto mayores son los dones que el Señor nos comunica, tanto mas grande es la cuenta, dice S. Gregorio, que se nos ha de pedir; y pues ha estado contigo tan liberal, que te ha concedido lo que á tantos gentiles ha negado, mira que si no cumples con tus obligaciones, será tambien mas estrecha y mas rigorosa tu cuenta.

Saca de aquí, el ser muy fiel á la gracia que en estas aguas recibes. Los designios de Dios son que seas enteramente suyo, y como tal te marca y te señala. Corresponde, pues, á tanta misericordia con una vida arreglada y cristiana: en una palabra, con una vida cual al recibir el bautismo has prometido.

MEDITACION XCVIII.

LOS DESEOS DE LA VIRTUD SON
RECOMPENSADOS.

PUNTO 1.

Considerar, que contra el proceder de los inicuos, que no pretenden sino que reine en el mundo el mal, el desórden y la maldad, levanta la voz Jesucristo, llamando bienaventurados á los que tienen hambre y sed de la justicia: es decir, á los que tienen un vivo y ardiente deseo de que en todas partes se egecute lo santo, lo recto y lo justo.

Ponderar, que no puede ser mas noble y recomendable este deseo, como que es hijo verdadero de la caridad; porque siendo Dios infinitamente santo, y la misma justicia por esencia, el desear que siempre y en todos domine la virtud y la justicia, es querer el honor, la gloria y el bien de Dios. ¿Y podrá haber cosa mas excelente?

Sacarás de aquí, el apartarte de las máximas y porte ed los mundanos, y adhe-

rirte al partido de Jesucristo: procura que florezca su doctrina; y elogia cuanto puedas el egercicio de la virtud: éste será un medio fácil, y como el primer escalon por donde podrás subir al último grado de esta bienaventuranza.

PUNTO 2.

Considerar, que así como la sed y hambre corporal nos pone inquietos, y no pensamos mas que en nuestra saciedad; así la hambre y sed espiritual nos hace diligentes, nos tiene desasosegados, sin buscar ni solicitar otra cosa que lo bueno y lo justo, que es el único alimento y refrigerio que la apaga, la satisface y consuela.

Ponderar lo primero, que la perfeccion de esta virtud no es desear solamente la rectitud y justicia para nosotros; sino procurarla, por todos medios, en los demas. Así vemos que los fieles servidores de Dios, impelidos de un santo zelo, aconsejan, exhortan, y no perdonan trabajo ni diligencia para que el Señor sea glorificado. Ponderar lo segundo, que á proporcion de esta acti-

vidad y zelo, es el gozo que siente el corazón de ver satisfechas sus ansias: gozo que no es mas que una pequeña gota, que anuncia la hartura celestial con que un Dios amoroso eternamente nos premiará.

Sea, pues, el efecto de estas consideraciones, el promover con tus obras, con tus palabras y con tu ejemplo el bien espiritual de tus prójimos. Guárdate bien de burlarte, como hace el mundo, de los ejercicios de piedad; antes por el contrario, pide á Dios que te haga imitar lo bueno y santo que ves en otros; y, finalmente, empeñate en que todos sirvan á Dios, que el Señor sabrá ciertamente recompensar lo que tú hagas por su honor y su gloria.

MEDITACION XCIX.

ES INDISPENSABLE PADECER.

PUNTO I.

Considerar, que siendo todos hijos de Adán, todos, excepta Maria santísima, so-

mos concebidos en pecado, y por consiguiente debemos sufrir las penas y trabajos que corresponden á nuestra culpa; pues es muy puesto en razon, que cada uno pague la deuda que tiene contraida.

Ponderar, que por lo mismo que somos reos, y que estamos en este mundo cumpliendo nuestra condena, no debemos quejarnos de Dios porque nos castiga, sino pedirle solamente paciencia y resignacion en los trabajos que nos manda; y mucho mas conociendo, que con ellos quiere humillarnos y purificarnos, para hacernos dignos de sus misericordias: Os es necesaria la paciencia, decia el Apóstol, para que alcanceis las promesas de Dios.

Saca de aquí, una firme resolucíon de no quejarte nunca de Dios por las adversidades que padeces; sino besar con humildad la mano de quien te azota; pues debes creer, que cuando el Señor te castiga, se acuerda de tí, y no quiere otra cosa mas que tu correccion y tu enmienda. Déjalo obrar, y dale gracias, pues su Magestad sabe bien lo que te conviene.